

NUESTROS ARTISTAS

Rafael Barradas

Una de las más grandes alegrías de mi viaje. Julio Casal que consulea por La Coruña, enfermo siempre de versos, me escribió: — “¿No has visto a Barradas en Madrid? pues calle tantos números tantos.” Y un coche, una escalera, un segundo izquierda y caigo en los brazos de Barradas, después de nueve, o diez, u once, no sé cuántos, años de no verlo. Y está igual físicamente a como era cuando callejeaba por Montevideo. Delgado, pálido, ocultando su mirada un poco vaga tras el escudo de los lentes. Caigo en su casa como un aerolito no anunciado por los astrónomos. Todo el pequeño oasis de allá arriba se llena con emanaciones de la patria lejana y por la cual se suspira a pesar de todas las ingratitudes que allá quedaron. Los ojos de Barradas se humedecen.—Che, ¡y aquello!, ¡y aquello otro!, ¡y lo de más allá!—¿Cómo está Fulano? — Y algunos recuerdos paralizan las palabras impacientes en los labios: ¡pobre Herrefital, ¡pobre Delmira!, ¡pobre Lasso de la Vega! Unas cuantas sombras amigas nos flanquean poniendo un poco de angustia en el corazón. Cuando él concluye de preguntar, pregunto yo. Irse de Montevideo es, casi, morir para los que quedamos. Aquí se ignora que Barradas es uno de los pintores más estimados en Madrid, y nadie conoce su dolorosa odisea. Se fué al

viejo mundo en la tercera de un paquete, francés, junto con el tenor Médici. Uno con su lápiz y el otro con su voz conquistaron muy pronto a la oficialidad y al comandante. Eso les hizo más grata la travesía. Llegó a Marsella, ambuló por Francia y llegó por fin a Barcelona: gran ciudad abierta a todas las audacias del pensamiento, me dice. Allí sufrió mucho, sí, pero tuvo también grandes satisfacciones. Y encontró inmediatamente un medio propicio a su temperamento. Barradas nunca comulgó con el arte pictórico normal. ¡Quién no recuerda sus primeros dibujos y pinturas expuestos en Montevideo? Sus caricaturas parecían incompletas; se permitía dibujar un perfil, por ejemplo, olvidándose de la nariz. Sus cuadros lo mismo: siempre parecían a medio hacer. Es que su idiosincrasia artística protestaba ya instintivamente contra lo que lo rodeaba, sin saber él mismo hacia dónde lo conducía el impulso interior. Y no podía acomodarse con el clásico modo de interpretar la pintura, clásico hasta en el impresionismo que en nuestro país recién se introducía y que es viejo ya de mil años...

En Barcelona padeció de esa enfermedad fatal de los artistas que comienzan: el hambre. Pero luchó incansablemente. No predicó a fuerza de palabras, sino de obras. Hizo exposiciones que despertaron tempestades. Dirigió revistas efímeras y gloriosas, de esas que nunca llegan al segundo número. Bohemio, viajó por esa España, tan interesante y evocadora. Se fué a Zaragoza a luchar por su ideal y allí... se casó. Vino a Madrid después, en donde reside desde hace años, rodeado por tres suaves cariños femeninos que le hacen amable la vida: la madre, la esposa, la hermana. También su hermano Arturo, poeta ultraísta. Y ha triunfado ampliamente. La crítica y el público que no lo aceptan, lo respetan. Ya nadie ríe de sus extrañas telas cubistas, que al principio provocaban



CATALINA RAÍSCHEVA
por Rafael Barreda

general hilaridad. Tiene muchos amigos y prestigiosos sostenedores. Con Martínez Sierra, colabora en la ilustración de los libros de la biblioteca "Estrella" y en las decoraciones del teatro Esclava, en donde realiza maravillas. De todas partes lo solicitan y le pagan bien, lo cual le permite dedicarse por entero a su arte, que lo posee por entero. En estos momentos expone en Barcelona una porción de telas. El año que viene será París quien lo admire. Y en 1925 lo tendremos entre nosotros, y todos podrán ver su obra, desde que traerá sus cuadros.—"Quiero que me conozcan allí, me dice, en la fecha de nuestro centenario." Montevideo conocerá, pues, para entonces, la obra de este bohémio de tanto talento, que se ha embarcado en las más nuevas y arraigadas tendencias pictóricas. Hasta entonces, señores, para escandalizarse.

En arte, como en todo, lo que me ha parecido siempre más respetable, ha sido la inquietud. Nunca olvidaré a Barret: "Sólo lo viejo es lo feo; vengán los monstruos si son jóvenes." La nueva palpitación es lo único que tiene vida. Sin participar en un todo con sus ideales, creo que el futurismo en el arte,—y contando en esa denominación a todas las actuales escuelas renovadoras,—es hoy en día la única esperanza que nos queda a los que creemos que la obra artística consiste en algo más que en imitar más o menos disimuladamente lo que han hecho los maestros, desde los griegos hasta los contemporáneos. También es el arte una resultancia del momento histórico. Todo el estado social colabora en la obra del artista, arando bien hondo en su obra, con su sello original. Por eso en esta nuestra época afebrada y violenta, llena de brío y de pasión, estremecida por choques formida-



Café de obreros en Barcelona
por Rafael Barrocas

bjes, pasmada por inventos fantásticos, no se puede aceptar sino como una pálida prolongación de otras épocas el arte que nos llega ya hecho, enmarcado en límites rígidos, de los que la vida se burla constantemente. Una nueva mentalidad se incubaba, una mentalidad siglo XX, distinta del clasicismo y del romanticismo, del decadentismo y del realismo. La vida es otra ya, y la mayoría de los artistas se empeñan en verla como fué, preocupados con preocupaciones extintas; atraídos por conceptos de belleza que enterró el tiempo en profunda fosa. Verdaderamente, si no somos capaces de grabar en el muro de los siglos nuestra señal indeleble e inconfundible, no habremos merecido nacer.

Rafael Barradas salió de un país como el nuestro, en donde se aman las oleografías, para llegar a España, que tiene un formidable pasado pictórico, y un presente ilustre. Y allí mismo, en ese ambiente educado por la contemplación de los grandes maestros, de antes y de ahora, comenzó su obra anarquista, recogiendo, como es natural, su primera y abundante cosecha de burlas y denuestos. Es que las pupilas están hechas a lo común, a lo familiar, a los espectáculos de todos los días. Barradas quería pintar estados de alma cuando hasta ahora sólo se habían copiado epidermis. ¡Quiérase mayor audacia!

—Hasta hace muy poco tiempo,—dícame,—los pintores sólo han tratado de representar las cosas en tres dimensiones. Nosotros no queremos representar sino “presentar”, y en sus cuatro dimensiones por lo tanto.

Y después:

—La superficie de las cosas en sí no tiene ningún valor para nosotros. Ahorramos esas composiciones artificiosas, pedantescas, ridículas, que pretenden ser arte pictórico y que no son otra cosa que pura litera-

tura. Tenemos que librar a la pintura del elemento literario que desde hace tanto tiempo la desvía y la anula. Es un error suponer que los motivos inspiradores están fuera de nosotros: están en nosotros mismos. Hacer un retrato no es repetir línea a línea la imagen que tenemos delante, sino expresar en colores, las vibraciones que provoca en nuestra mente.

Claro está que esto es muy difícil hacerlo comprender a quien supone que la pintura ha de ser algo totalmente objetivo, fotográfico, exterior. Cada cuadro un estado de alma; he ahí una bella fórmula, pero, ¡qué disparatada aparece ante quien nunca ha pensado en semejante posibilidad! Por eso es que la posición del público—y de los que no son público,—frente a una obra nueva, es la del que no comprende. Recorriendo en el Museo del Luxemburgo la vasta sala de los impresionistas: Monet, Manet, Pissarro, Lysle, Renoir, Degas, etc., me preguntaba yo estupefacto, cómo era que una pintura tan accesible y tan simple, podía haber provocado en otra época tempestades de protestas. Esa misma pregunta se harán las generaciones que vengan detrás de nosotros ante telas como las de Barradas, cubistas, simultancistas, planistas, para las cuales tenemos hoy en día, la mayoría se entiende, sólo palabras despectivas y risas idiotas.

El nuevo movimiento renovador en pintura viene de Cezanne. En realidad, Cezanne no fué un inventor sino un precursor. ¡Precursor y mártir! Contemporáneo de los impresionistas, él también comenzó por serlo, pero bien pronto se distanció de ellos quedando aislado. Por eso nunca gozó de la fama de los componentes de aquella escuela que triunfaron totalmen-



PAYASO
por Rafael Barredas

te después de memorables combates, y hubo de arrastrar una vida oscura y de morir desconocido en 1906. Las audacias de Cezanne ya no escandalizan a nadie y, como lo comprueba una exposición realizada recientemente en París, hasta se venden caros sus cuadros. Pero lo interesante es el valor pictórico y revolucionario,—es decir, histórico,—de su obra. A pesar de sus evidentes diferencias, los mismos impresionistas pueden considerarse como clásicos por su respeto a las formas geométricas de las cosas, de acuerdo con su visión estática. Pero en Cezanne hay ya lo que podríamos llamar deformación de los valores corrientes, que hace que sus telas, a primera vista, aparezcan monstruosas e inadmisibles. Parece no interesarse de las proporciones ni de la perspectiva. El dibujo, a primera vista, no existe. Como Cezanne no era un intelectual sino un puro temperamento de pintor simple y rudo, no pudo explicar detalladamente en qué consistía su arte, y, sobre todo, su novedad. Algunas frases ha dejado, sin embargo, que pueden arrojar alguna luz: "No existe la línea ni tampoco el modelado; no hay más que contrastes. Y estos contrastes no se generan por la relación del blanco al negro, sino por medio de la sensación coloreada. El dibujo y el color no son cosa distinta; a medida que se pinta se dibuja. Cuanto más se armoniza el color, más se precisa el dibujo. Cuando el color alcanza la riqueza, la forma alcanza su plenitud." Balbucoos, como se ve, simples balbucoos, pero de un genio.

Si Cezanne resucitara sonreiría al ver la fecundísima cosecha que han producido las semillas que él arrojó, y las extraordinarias y contradictorias tendencias que de ellas han nacido. Estamos ciertamente en plena anarquía, es decir, en un período de preparación dinámica de la verdad que se acerca. Mil escuelas distintas en apretados cenáculos agresivos

RETARZO
por Rafael Barrios



marchan en pos de detonantes evangelios. No se ha logrado unificar tendencias, y en vez de cerrados batallones van al asalto pequeños y audaces grupos que se aturden con sus propios gritos. Hay cien capillas, en las que oran contados pero firmes creyentes. Cubistas, planistas, futuristas, simultaneistas, expresionistas, etc., etc., son a la vez que enemigos de todo lo realizado antes, feroces adversarios entre ellos, crueles y unilaterales como es siempre la juventud. No hay que lamentarlo porque sería inútil: es la ley. Si no fueran así no lograrían nada, ni podrían mover siquiera la losa pesada de los prejuicios, de los criterios hechos, petrificados en los cerebros lentos, secos de savia. Por eso resisten impertérritos todos los ataques y todos los maltratos, inquebrantables a la tempestad que hierve a su redor sin vencerlos. Tienen alma de apóstoles, admirables almas enloquecidas en un ideal todavía esquivo y lejano. En vez de ir a beber el opio traicionero de los museos, quisieron incendiarlos, en el ingenuo deseo de comenzar de nuevo la vida, borrando de un manotazo la obra de los que en otras épocas hubieron de luchar como ellos para imponer la novedad que traían al mundo del arte.

Barradas es posiblemente el más autorizado, vibrante y conocido apóstol de las nuevas tendencias pictóricas en España. Como tiene un gran talento y despliega una actividad formidable, ha logrado ya lo más difícil: que se le respete aunque no se le comprenda. Por ese camino antes de mucho se le comprenderá, y, por lo tanto, se le apreciará en lo que vale. Como he dicho, no limita su actividad a construir sus telas, sino que también se dedica al "affiche", a la ilustración de libros, a la decoración teatral. Y es, a mi juicio, el más extraordinario dibujante de escenas infantiles que hay en la península, siendo

solicitudísimo por todas las casas que se dedican a editar libros para niños. Aquí sus dibujos son estilizados, simplísimos, pero hay tanta gracia, tanto movimiento, tanta verdad en las escenas que construye, que difícilmente se encontrarán trazos más oportunos y más perfectos. Su obra es, pues, variada y múltiple, y original. Y meritísima. Por eso fué grande mi alegría, cuando pude comprobar que Barradas era uno de nuestros primeros pintores, al par que el más conocido y apreciado fuera de nuestra patria. Pero es verdad también, en compensación, que aquí nadie lo conoce, salvo raros amigos...

ALBERTO LASPLACES.